

Diablotexto *Digital*



JUAN PABLO ZAPATER: *MIS FANTASMAS*
Colección Visor de Poesía, Madrid, 76 pp.

XELO CANDEL VILA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

La ciudad se derrumba y yo cantando
Silvio Rodríguez

Hablar de la poesía de Juan Pablo Zapater es ganar de antemano la partida, su palabra es, sin duda, un valor seguro. El lector va a encontrar en este tercer libro del autor valenciano, galardonado con el XLV premio “Ciudad de Burgos”, la marca de la casa: un verso pulido, perfectamente medido, de buena factura, sin estridencias, sereno y elegante. Pero no solo eso, al trazado impecable del verso le acompañan diversas voces, algunas son las propias que recupera de su memoria personal; otras son las que reviven en esa memoria poética que es el bagaje de la tradición lírica con el que cuenta un buen escritor.

Al leer la cita que abre el libro (*“Mis fantasmas no dan pavor alguno,/ nací y amé por ellos, y son parte/ del vuelo y las cadenas/ de mi vida”*) inmediatamente recordé aquella conocida “Introducción sinfónica” con la que Bécquer encabezaba sus *Rimas*: “Por los tenebrosos rincones de mi cerebro acurrucados y desnudos duermen los extravagantes hijos de mi fantasía esperando en silencio que el Arte los vista de la palabra para poder presentarse decentes en la escena del mundo”. Como explicaba el poeta postromántico entre el mundo de la idea y el de la forma existe un abismo que



sólo puede salvar la palabra. Con qué otra lucha nos encontramos al escribir si no es con la de dar forma a la idea, encontrar la palabra adecuada y el tono conveniente para que todo encaje en una perfecta alquimia. Juan Pablo Zapater ha venido demostrando en sus anteriores libros que ese esencial engranaje entre la forma y el contenido ha sido central en sus poemas. Tanto *La coleccionista* (1990), con el que obtuvo el Premio Internacional de Poesía Fundación Loewe a la Creación Joven, como *La velocidad del Sueño* (2012), reconocido con el Premio de la Crítica Literaria Valenciana, son poemarios contundentes en los que el tono, el tema y el ritmo poéticos se acompañan modélicamente.

Pero hay otra reflexión en aquella introducción bécqueriana que me parece oportuno traer a colación ahora. Decía el poeta sevillano que le costaba trabajo saber qué cosas había soñado y cuáles le habían sucedido, por ello sus afectos se repartían entre los fantasmas que formaban parte de la imaginación y los personajes reales. El tema del sueño como trasunto poético llegó a la poesía moderna a través de los románticos alemanes. De sueños está llena la poesía romántica y simbolista. En España, sobre todo, la de Bécquer. Pero, sin duda, Machado recogió el testigo de Bécquer cuando en sus *Galerías* enunciaba, entre otros muchos versos, aquellos memorables “Desde el umbral de un sueño me llamaron” (poema LXIV) o “De toda la memoria sólo vale /el don preclaro de evocar los sueños” (LXXXIX). Las diferencias entre ambos han sido convenientemente señaladas puesto que el sueño aludido por Bécquer es un sueño más vinculado a la creación poética, mientras que en Machado se trata más bien de un ensueño casi metafísico. Zapater sigue esta línea machadiana en este nuevo libro. Los fantasmas son más bien recuerdos, figuras que pertenecieron al pasado, miedos y obsesiones que rozan el umbral de la memoria y le obligan a cuestionarse su relación con el mundo.

Nada queda al azar en *Mis fantasmas*. Si nos atenemos a su morfología, el libro está estructurado en tres partes y cada una de ellas presenta doce poemas. Podríamos aludir al oportuno simbolismo del número 12 como representativo del universo en su desarrollo cíclico espaciotemporal. Pero, además, cada una de las tres partes intencionadamente responde a tres



núcleos temáticos que se vehiculan con aquella triple herida que traía Miguel Hernández: la de la vida, la del amor y la de la muerte.

El primer apartado, “Apariciones”, tiene relación con la herida que produce el desgaste de la vida, el paso del tiempo o las desapariciones de los espacios y tiempos de la infancia. El libro se abre con el poema “Feroz”, un breve pero rotundo poema sobre la juventud perdida y el paso del tiempo, representado mediante la figura de un “lobo infame” que atraviesa ferozmente el espejo. No es el único poema que recrea el virgiliano *fugit irreparabile tempus*. De nuevo lo hallamos en el poema “Confusa ceremonia” que parte de esa “edad contemplativa” en la que no resulta fácil resignarse a las pérdidas y uno intenta engañar a la apariencia, sobrevivir con dignidad a la confusa ceremonia que supone al cabo ir envejeciendo. Y, por supuesto, en el poema “El libro de la vida”, que recrea el libro que intentamos escribir cada uno de nosotros aunque al final la tinta se derrame, los renglones se tuerzan y comprobemos con decepción que “la existencia es distinta/a los cuentos ingenuos que de niños/tantas voces queridas nos leyeron”.

Los poemas de Zapater se basan en los recuerdos, en ellos ve la huella indeleble del tiempo, la pátina de color sepia sobre las fotografías. La memoria, de hecho, es un componente fundamental del libro y al recuperarla enlaza no sólo con uno de los elementos axiales de la generación de los ochenta, a la que pertenece cronológica y sentimentalmente, sino también con la de los cincuenta. El poema “Relato fantasma” recobra la memoria feliz de la infancia, la casa familiar, el retrato del padre sentado en la butaca mientras espera a la madre, los armarios que aún guardan el fantasma del niño que fue el poeta. Julián Marías decía que en cierto sentido todas las casas son la casa del padre, y el hombre se pasa la vida buscándola, tratando de restablecerla y restaurarla. Algo de ello hallamos también en este poema, al igual que ocurre en el titulado “Alma de cántaro”, donde se pone en evidencia cuánto de esa inocencia que vamos perdiendo con los años queda todavía en nosotros, cuántas enseñanzas recibidas de niños nos siguen acompañando.

La tradición a la que se acoge Zapater se asienta en la tradición de una poesía realista que es al tiempo meditativa y elegíaca. Sin embargo, no renuncia en este libro a un cierto simbolismo, en ocasiones con un tono



crepuscular, que tanto me recuerda al otoño machadiano. No en vano, el poema “Retrato del otoño en fuga” me evoca al poema LXXXI de las *Galerías* de Antonio Machado, a aquel “viejo y distinguido señor” que aparecía en el parque ceniciento que aman los poetas y aceptaba con dignidad la llegada de la muerte con una actitud resignada. Pero también el poema “El sauce” me recuerda a aquel olmo viejo machadiano. Hay otros sauces en poemas de Vallejo o de Unamuno, aunque sin duda el que suena por estos versos es el sauce de José Luis Parra, amigo querido por Zapater, al que aludía en su libro *Inclinándome* (2012): “Inclinándome, sí,/al clima de los años, al peso de las ruinas/ de la carne, encorvado en mis carencias,/ como el sauce que roza en la corriente/ el reflejo fugaz de lo vivido”. El apartado se cierra con el poema “La luz del día”, un canto vitalista en el que “el ayer es un mero decorado/ que aguanta el almacén de la memoria” y el futuro es todavía una sombra de lo que no existe; por ello lo que reivindica es el *hic et nunc* del presente: “lo vital es el día, nuestro día,/ese vaso de luz que nos bebemos/y se vuelve a colmar cada mañana”.

“Presencias” es el nombre que aglutina a los poemas del segundo apartado. La memoria de amores pasados se desata de modo proustiano, por ejemplo, en una letra que deja escrita el poso del café, como ocurre en el poema “El azar”, o en aquellos veranos de juventud que recrea el poema “Vidas paralelas”, y que tanto me recuerda a otros veranos de juventud recreados por algunos poetas de los cincuenta, como el Gil de Biedma de “Infancia y confesiones” o de “Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma”, en los que la memoria individual se convierte en una memoria colectiva.

Si el poeta encabezaba su anterior libro con el poema “La extraviada” haciendo alusión a la poesía que durante tantos años le fue esquiva, ahora vuelve de nuevo a encontrársela en el poema “Otra cita con ella” personificada en una mujer que se acerca al lugar donde escribe, el poeta la imagina “dominante y sumisa/ compartiendo ese juego que a los dos nos seduce”, “cayendo de rodillas/ y después ascendiendo como una diosa fértil”. Zapater recupera también en este apartado el tópico romántico de la imagen femenina como ángel y al mismo tiempo como demonio. Así la vemos en el poema “Dos mujeres”: “Dos hembras diferentes, dos versiones/opuestas pero al fin



complementarias,/continencia y lujuria, paz y guerra, corazón de caricia y latigazo”. Y del mismo modo lo encontramos en “La prueba”, en el que la dama del poema a la que el mayordomo le sirve la cena y unge de perfumes los pechos y el vientre (en una particular imitación del amor cortés) acaba siendo la perversa “ama de llaves/que nos abre las puertas del delirio”.

El deseo sobrevuela en esta segunda parte a través de un cierto escenario decadentista que celebra tanto la belleza -aunque esta “no perdona ni tiene compasión” y es “como un incendio que arrasa cuando menos te lo esperas” como ocurre en el poema “Puñal de la belleza”- como el erotismo, que se presenta como una “lengua impetuosa resbalando sobre la piel del mar” en el poema “Cebo tardío”. El deseo refulge “en estas desveladas nocheselvas/vacía de su carne y su veneno” en el poema “El veneno”; es la memoria del placer entregado y recibido que aparece “como la piel sin vida/que una joven serpiente abandonara”, forma parte de la “condición humana” que supone recorrer de nuevo las aceras de tu ciudad sabiéndote una “flor cortada” que ya no tiene arraigo en el jardín de la vida mientras observas con envidia a las parejas de jóvenes abrazándose mientras “te cuelgas sediento de sus labios inflamados”.

Los poemas de corte más simbolista aparecen en la tercera parte del libro, titulada precisamente “Visiones”, en la que se reflexiona acerca de la inevitable llegada de la muerte. El tono lo marca sin duda el poema que abre este grupo, “Descontando pájaros”. Las aves simbolizan los estados espirituales, la elevación del alma y, por tanto, la comunión de lo terrenal con lo celestial y así aparecen aquí donde “cada día que vuela/es un pájaro menos”. También es la parte más meditativa, más filosófica si cabe. El poeta intenta darnos “(u)na definición del alma” que es como “un estanque en cuyo fondo/reposa el ser del ser, todos los hombres /que fuimos y seremos”. No podemos evitar la comparación con el poema XXXVII de las galerías machadianas en ese constante dialogar de Machado con la naturaleza sobre la esencia de su propia alma. En otra ocasión nos habla de la muerte como la “dernière valse”, a la manera medieval de la danza de la muerte, “un vals al que los guantes del vacío/ te invitan cualquier día y ya no puedes/ excusarte en los giros que te quedan/ por dar”.



Pero los símbolos no acaban aquí. La figura simbólica del lobo que vimos al inicio del libro se repite en esta última parte en el poema “Los lobos que me acechan” en forma de obsesiones y miedos que se cuelan en la casa “como fríos puñales desgarrando/las cortinas del sueño” y no son otros que el tiempo, el olvido, el dolor y la muerte. Los lobos reaparecen aunque con otro sentido en el poema “La conversación”. Pero como ya sabemos, con Machado, que el alma del poeta se orienta hacia el misterio y solo el poeta puede mirar lo que está dentro del alma, las galerías sin fondo del recuerdo, aparecen también en estos poemas otros elementos inquietantes como “un ángel perturbado”, del poema homónimo, resignado a perder la partida con la muerte o una noche que se escucha de lejos “como un salmo recitado por gargantas oscuras” para dar el último adiós a un buen amigo (“Sepelio”). El libro concluye con el poema recapitulatorio “Tres lunas para un espejo” que reúne los tres ejes temáticos en torno a los que se configura esta obra: la luna blanca de “la vida flotando entre dos mundos”, la roja que “orbita alrededor de la primera/ como el amor da vueltas a mi vida” y la más lejana, aquella luna negra espectral de la muerte. *Mis fantasmas* es un libro de resonancias, como a mí me gustan los libros. Un poemario vivo que no acaba con la lectura sino que es entonces cuando empieza a entenderse en su complejidad.